



Nº 9, 1983

KINGMAN: DE LA SOLEDAD A LA SOLIDARIDAD

Ramiro Dávila, Walter Franco, Galo Galarza

Estar con Eduardo Kingman, estar en la casa suya, en su “Posada de la Soledad”, es un poco sentirse dentro de sus cuadros: al fondo unos verdes y azules intensos, limpios, una pequeña iglesia sostenida del barranco, y unas manos que se mueven inquietas, contraídas, largas: sus manos, las manos viejas del gran pintor lojano que al juzgar su obra, opinando sobre lo que dice de ésta la crítica, entorna las cejas y habla:

“No siento un engrimiento ni vanidad ni soberbia al oír que me consideran un buen pintor. Hay, sí, la satisfacción de saber que existe cierto reconocimiento a una labor sacrificada y larga. Más que nada, el saber que no me he alejado de un sentido humanístico de nuestra realidad, de nuestro pequeño mundo, que ha sido desde el comienzo la tónica general de mi obra”.

Pero no siempre contó Kingman con la benevolencia de la crítica, de “nuestra pequeña crítica” –como él diría-, hubo un tiempo en que sus cuadros eran rechazados en los salones por considerárselos demasiado atrevidos, insolentes contra un sistema omnipresente y mojigato que berrea fuerte cuando se le enseña sus lacras. Por eso, cuando le sacamos el tiempo, le recordamos es ahora mala y le preguntamos lo que sintió al ver que sus cuadros eran rechazados del “Mariano Aguilera”, allá por el 35, responde ya con la moderación de la madurez:

“Bueno, posiblemente la juventud y la euforia juveniles hicieron que esa decisión no me produjera impacto deprimente ni derrotista. Se debe a lo que seguí trabajando y fíjese, las ironías de la vida, al año siguiente, con las mismas obras, ya me dieron el primer premio. Claro, era diferente jurado. El primero, el que rechazó mis cuadros estaba conformado por hombres como Jacinto Jijón y Caamaño, Barrera, entre otros. Mi obra, claro, rompió totalmente sus esquemas, resultaba demasiado novedosa para la época”.

Y al hacer un balance entre el Kingman rechazado y el Kingman alabado por la crítica, confrontando el Kingman del 35 con el del 80, reflexiona:

“Fundamentalmente no he cambiado nada, sigo creyendo en el ser humano, sigo pensando que la pintura debe reflejar los sentimientos de la humanidad, sus conflictos, sus amarguras, sus tragedias. Sólo una cortísima época, quizá dos o tres años que tuve un escape, fue cuando me dediqué a la pintura abstracta, creyendo que estaba con el paso cambiado, o que mi forma de concebir la pintura había perdido vigencia. Pero eso no duró, no era sincero, y volví a mí mismo, continué con mi concepción artística.



“Yo me considero un triunfador –continúa cuando le recordamos el contenido de una crónica realizada sobre su obra por un conocido crítico, en la que se hace aparecer su vida como una colección de triunfos-. Pienso que la obra que he realizado es relativamente discreta, tanto que siento que todavía no he comenzado a trabajar la verdadera obra, la definitiva”.

“Si Dios me da vida, pienso hacer algo perdurable, más hondo, más significativo. Posiblemente, el primer paso para esto sean los murales en el Templo de la Patria, pese a las limitaciones y concesiones que se deben hacer, por su dimensión, por su enormidad, ya que siempre me ha gustado pensar en grande. Mis inicios como pintor, justamente fueron pintando murales, en la quinta de Benjamín Carrión, en la quinta que él puso alma y corazón, y que por necesidad tuvo que venderla a Jaramillo Arteaga, quien borró esos murales, como era de esperarse”.

Mi vida en pocas palabras

“Es una vida muy sencilla la mía, muy sacrificada en el fondo. Nadie se cree eterno, ni eternamente completo con uno mismo, por ello se vive en permanente conflicto que no permite la felicidad total, ni la satisfacción. Existe siempre una amargura dentro de uno, aunque haciendo un balance final pueda decir que lo que he realizado me da cierta satisfacción”.

La vida sencilla, pero fecunda, de este “pequeño gran hombre“, al decir de Raúl Andrade, que se inicia en el sur, en la provincia austral, cuna de grandes creadores, cuna de Pablo Palacio, Pío Jaramillo Alvarado, Benjamín Carrión, está salpicada de anécdotas. El mismo Raúl Andrade, en un hermoso artículo sobre Kingman, recuerda una de su infancia, cuando llevaron sus padres al pequeño Eduardo, de cinco o seis años, a una función de circo que se presentaba en su ciudad, y después de ver el espectáculo, al ser preguntado sobre la profesión o el oficio que escogería más tarde, él respondía solemne: “enano, yo quiero ser enano”. Anécdota que, singularmente, se parece a la descrita por el alemán Günter Grass, en su famosa novela, después llevada a la pantalla, “El tambor de hojalata”, donde el personaje central de la obra es Oscar, un niño que asqueado del mundo de los adultos decide no crecer más, y desde esa dimensión de enano ser el testigo y, a veces, el verdugo de su época. Igual Kingman, desde su pequeña estatura siguió siendo el testigo fustigante de su época, de la sociedad en la que le tocó vivir, de una sociedad convencional, descrita en su cuadro “La visita”; cruel, pintada en su patético óleo “Los Guandos”; e injusta, plasmada para siempre en su “Obrero muerto”.

Cuando hablamos de anécdotas se nos ocurre preguntarle el por qué de la presencia constante de las manos en sus cuadros y él responde:

“Yo le atribuyo a un fenómeno humanístico que puede relacionarse con mi familia. La familia Riofrío (su segundo apellido), ha tenido por lo general manos muy grandes, y yo recuerdo de niño las manos de mi madre, manos enormes, pero de una habilidad extraordinaria. Acaso eso me impresionó y esa quizás es



la clave para haber escogido las manos como motivo de mis cuadros. Después, con el estudio, me di cuenta de que las manos dan un enorme sentido expresivo, todo se puede decir a través de una mano, la vida misma viene a través de una mano, y la muerte le lleva a través de una mano”.

Le preguntamos, asimismo, por los cuadros de su predilección, por sus “hijos preferidos”, y él dice no tener cuadros preferidos, “prefiero hablar de etapas, de épocas preferidas, antes que de cuadros, prefiero las etapas en las que tuve más vigor y emotivamente estuve más condicionado para crear. Yo considero el año 60, esa década mismo, como la más productiva, la más satisfactoria para mí, época llena de confusión, pero al mismo tiempo de emotividad. Y claro, la de mi juventud, la de mis comienzos, allá por el año 30. Es posible que tenga algunos “hijos predilectos”, por ejemplo este “Obrero muerto”, y unos cuadros que vendí desgraciadamente en Washington, cuadros sumamente amargos, doloridos, de los que no conservo ni siquiera una fotografía”.

Reconoce que tuvo influencias -únicamente en su primera época- de los muralistas mexicanos, pero que después ya no le sorprendió ni le influyó ningún autor en especial, aunque sí aprecia enormemente la obra de notables creadores de América y Europa.

Ya no hablando de pintores sino de otras personas que influyeron en su creación, recuerda el gran impulso que Benjamín Carrión dio a su obra, y a la de toda su generación. “Después seguí una vida solitaria y de autoformación – dice- yo ante todo soy un solitario, aunque mi obra sea solidaria”.

La pintura actual del Ecuador

“Hay un grupo de jóvenes pintores que está bastante bien orientado, intencionado, sobre todo. Muchachos que están entre los treinta años, todavía con mucha influencia de pintores extranjeros como Cuevas, Bacon, pero creo que valen la pena. Es un grupo de cuatro o cinco pintores”.

Sobre el último salón de pintura organizado por la Casa de la Cultura Benjamín Carrión, se expresa así:

“Bueno, eso era de opereta, todo el asunto, el jurado, el veredicto, la rectificación del veredicto. Y el salón mismo, sumamente malo, un poquito superior al Mariano Aguilera” –el famoso Mariano Aguilera de la juventud de Kingman- porque esa muestra era para quemarse íntegramente. Más que nada lo que se vio en estas muestras es artesanía, falta de originalidad”.

Al enjuiciar el movimiento cultural del momento, ya visto en su globalidad, dice que la literatura pasa por un buen momento, pero que la pintura y la música andan muy mal, pese a que “pintores hay por millares”.

Y su enjuiciamiento a la cultura de nuestro país, surge como una dura sentencia desde su franciscano refugio-hogar-taller (al que bromeando nos



cuenta suelen confundir con convento y casa de citas), desde esa hermosa casa construida sobre una antigua panadería y bautizada con el nombre de su hija y de su condición humana, donde queda guardada, dentro de una sombra que se proyecta sobre el largo ventanal, una parte de la historia cultural del Ecuador.